

MISIÓN COMPARTIDA. DESAFÍO Y ESPERANZA PARA LA VIDA DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

En una hermosa plegaria eucarística, afirmamos que la Iglesia está llamada a ser, “en medio de nuestro mundo, dividido por las guerras y discordias, instrumento de unidad, de concordia y de paz”¹. La Iglesia es enviada, puesta en misión, hecha presencia de Cristo en el mundo para ser un signo de comunión que muestre icónicamente que es posible establecer relaciones de fraternidad entre los seres humanos, criaturas de Dios e hijos de un mismo Padre². Contemplar la “redondez” del mundo³, como diría Maestro Ignacio, en estos comienzos del siglo XXI, urge a los seguidores de Cristo, a vivir más que nunca esta “parábola de comunión”, destino y voluntad de Dios para toda la humanidad que está llamada a ser la Iglesia⁴; un mundo que, en las actuales circunstancias, sangra por tantos costados fruto de enfrentamientos, conflictos, luchas, divergencias culturales y religiosas, injusticias manifiestas y tantas situaciones que hacen distante la realidad del sueño de Dios llamado Reino; aquél en el que él trabaja siempre⁵; aquél en el que invita a laborar a sus seguidores.

Es mi intención dedicar este trabajo a un aspecto de la **vida laical**: precisamente éste de la misión compartida. Lo escojo porque abordar este novedoso tema eclesial me permitirá no separar este modo concreto de vivir el seguimiento de Cristo de lo que tradicionalmente se ha llamado los otros estados: el sacerdocio y la vida consagrada, y acentuar así una de las grandes afirmaciones del Concilio Vaticano II: la radical dignidad de todo cristiano por el hecho de nacer a la vida nueva en el bautismo que nos hace formar parte del único pueblo de Dios en donde existen distintos carisma y ministerios. Por eso el Concilio Vaticano II y su desarrollo posterior, tanto en la elaboración de la denominada eclesiología de comunión como en la recuperación del protagonismo del laicado en la vida eclesial, será el punto basilar que nos permita perfilar qué entendemos por misión compartida, en qué lugares eclesiales se hace presente, qué elementos de novedad trae a la vida y a la práctica eclesial, y qué ofrece a los hombres y mujeres de nuestro mundo al que todos los miembros de la Iglesia son enviados para hacer presente a Cristo con palabras y obras, dichos y hechos. Es este

¹ Plegaria eucarística V/d, *La Iglesia, en camino hacia la unidad*.

² Este es el espíritu con el que se abre la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II que en el número 1 afirmará: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano... Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa”.

³ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [103].

⁴ También LG 13, al hablar de la catolicidad de la Iglesia, ha descrito esta llamada y vocación a construir la unidad: “Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios que simboliza y promueve la paz universal, y a ella pertenecen o se ordenan de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general, por la gracia de Dios llamados a la salvación”.

⁵ EE [236].

elemento del envío, de la **misión**, ante un mundo cambiante y plural con el que el Concilio ha querido entrar en diálogo, el que desborda los estados de vida, entendidos como compartimentos estancos, revitaliza y replantea su identidad y sentido, y sitúa en un horizonte común que renueva y siembra esperanza en los llamados por Jesús a seguirlo y trabajar por su reino, desde la nueva vida que brota del bautismo. Una misión que hace nacer **nuevas formas de vida**, alentadas por el Espíritu Santo, siempre nuevo y creativo en su Iglesia, más allá de aquéllas que habíamos conocido hasta el presente.

A esta novedad nos abre la misión compartida, y en ella juegan un papel extraordinariamente importante, los llamados a vivir la vocación cristiana desde su condición laical. Nos situamos ante una realidad en crecimiento, donde la vida va por delante de la reflexión. Se trata de una nueva oportunidad de renovación de la vida eclesial y de ser un signo más nítido de que somos capaces de vibrar y volcar nuestras fuerzas al servicio del Reino más allá de nuestros particularismos y diferencias. Hoy es la voz de Cristo la que apremia: “¡Qué todos sean uno!”⁶. Especialmente aquellos que desean contagiar la fe, revelar el rostro del Padre, anunciar la fuerza de su amor, convocar a la misericordia y a la compasión con todas las criaturas e invitar a la experiencia del encuentro con semejante Dios, que pese a su infinitud y a su anhelo de comunión con toda criatura, con todo su pueblo, permanece en un discreto silencio, haciendo más denso y abisal el misterio de la libertad humana.

1. UN PUNTO DE PARTIDA: LA ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN TRAS EL VATICANO II

1.1. La Iglesia, Pueblo de Dios, y la igual dignidad de sus miembros

Para hablar de misión compartida, tenemos que partir necesariamente de lo que ha sido un verdadero don de Dios a su Iglesia, en el siglo XX: el Concilio Vaticano II al que Juan Pablo II denominó “un nuevo Pentecostés”⁷. En ella, la Iglesia ha redescubierto su identidad y su misión, o lo que es lo mismo, una forma de entenderse a sí misma y una forma de estar en el mundo que Antonio Calero ha querido dibujar en cuatro grandes líneas⁸:

- 1) La centralidad de Cristo en la Iglesia, una evidencia olvidada.
- 2) El Reino como horizonte y tarea prioritaria de la Iglesia.
- 3) La comunidad eclesial como Pueblo de Dios, precediendo a la jerarquía. Así:
 - La comunidad: protagonista de la misión.
 - El valor de la persona y de la comunidad.
 - No existe ni masa ni élite.
 - Todos somos miembros activos por el bautismo.
 - La única dignidad: ser hijo de Dios por el bautismo.
- 4) El bautismo: consagración primera, fundamental y decisiva del cristiano.

⁶ Jn 17,21.

⁷ JUAN PABLO II, Homilía en la Clausura del Sínodo especial con motivo de los veinte años de clausura del Concilio Vaticano II (8-XII-1985) en “Documentos de Estudio”, Madrid 1986, p. 104.

⁸ A. CALERO, “Un solo pueblo y un solo reino de Dios: comunión y misión” en B. FERNÁNDEZ- F. TORRES, *La misión compartida*, Madrid 2002, 67-103.

1.2. La eclesiología de comunión y sus consecuencias

Esto que se desprende de la lectura de los documentos del Concilio ha sido recogido en el Sínodo especial de 1985 dedicado a la evaluación de la implantación de la doctrina conciliar. De tal modo que la Iglesia es contemplada como sacramento de comunión, siendo éste un criterio de credibilidad. La Iglesia es tanto más creíble, cuanto es capaz de aglutinar entorno a sí, en una sucesión de círculos concéntricos, a los miembros de la familia humana llamada a reencontrarse en el seno de un mismo hogar ante la presencia del Padre. Por eso, el Sínodo contempla la eclesiología nacida del Vaticano II, como una eclesiología de comunión. Así lo han reconocido teólogos de solvencia como Ángel Antón, el mismo Ratzinger o Juan Pablo II⁹.

Esta comunión es además un don para la humanidad entera. Refleja a la comunidad trinitaria y es instrumento de Dios para la salvación de todos los hombres y de todo el hombre. Es una comunión en el seno del único Pueblo de Dios que tiene un triple presupuesto:

- 1) Antropológico: el hombre es un ser para la comunión. Así nos lo muestra el personalismo.
- 2) Teológico: la llamada a vivir la comunión tiene su fuente en la Trinidad.
- 3) Eclesiológico: la comunión es consecuencia de la común vocación a la fe de los bautizados.

Ciertamente, en este único Pueblo de Dios, existen tres formas paradigmáticas de vivir la fe: el laicado, la vida consagrada y el ministerio sacerdotal. Todas las vocaciones particulares, de alguna manera, se reconducen a ellas. Pero no debemos olvidar nunca que la reflexión y profundización de lo que en la Iglesia distingue a las distintas vocaciones, es precisa hacerla siempre a partir de lo que les une, por ser común, es decir, a partir de lo verdaderamente esencial y definitivo: ser cristianos, ser bautizados, ser seguidores de Cristo; comprometidos en fuerza del bautismo a construir el Reino de Dios ya aquí en esta tierra.

De este planteamiento fundamental se deduce la necesidad radical de que cada una de las vocaciones particulares (laical, ministerio ordenado y vida consagrada), esté al servicio de las otras dos, para el crecimiento del Cuerpo de Cristo y para la realización de su misión en el mundo. Por consiguiente, es imprescindible que cada bautizado viva la propia y peculiar vocación, de una forma convergente y complementaria con las otras dos formas de vocación existentes en la Iglesia.

1.3. La misión como elemento aglutinante y dinamizador de las distintas vocaciones en la Iglesia.

Si hemos comenzado hablando del sujeto al referirnos a la Iglesia como único Pueblo de Dios o como comunión, nos detenemos ahora ante el elemento que aglutina las diferentes formas de vida dentro del cuerpo eclesial, dinamizándola y convocándola a la acción: nos referimos a la misión. En la Escritura, toda llamada está indefectiblemente ligada a un envío. El Dios bíblico, definitivamente manifestado en

⁹ JUAN PABLO II, *Novo millenio ineunte*, 43

Cristo, cuando llama, llama para algo. Es más: él mismo se ha revelado como comunión en la misión. Es decir, lo que sabemos del Dios comunión, lo sabemos por su envío, por su misión, a través del Hijo y el Espíritu en la historia. Por tanto, el vínculo comunión-misión tiene un fundamento teológico y bíblico. Todas las llamadas de Dios nos muestran que en su proceder, siempre llama, consagra y envía.

Podemos decir pues, que existe una misión única, que encuentra su origen en la misma misión del Hijo, y que se despliega en la historia a través de su Cuerpo, que es la Iglesia movida por el Espíritu y llena de sus dones y carismas. Única misión y variedad de caminos y formas.

En los últimos años, como fruto del desarrollo de la eclesiología de comunión, han ido consolidándose dos convicciones que van cobrando vida en el cuerpo eclesial:

- 1) El carisma fundacional no es para unos pocos privilegiados, ni para ser vivido en exclusiva por la vida consagrada.
- 2) Surgen laicos identificados con el carisma de un fundador que pueden vivirlo desde su condición laical.

Este doble proceso en sinergia, está generando un movimiento que hace compartir espiritualidad y misión, y que en último término busca espacios de vida común, para llevar hasta las últimas consecuencias, el misterio de comunión y de amor, que está detrás de la llamada del Dios de Jesús a seguirlo. Este deseo de ser signo visible o parábola locuaz de aquello que está llamado a ser la Iglesia de Cristo, como sacramento de salvación y de unidad en nuestro mundo herido y dividido, lleva a explorar vías y caminos nuevos que dan lugar a nuevas formas de vida, más allá de los paradigmas clásicos y de las configuraciones canónicas.

2. MISIÓN COMPARTIDA: UNA EXPRESIÓN FLEXIBLE Y ACOGEDORA

Una vez esbozado el fondo histórico y teológico que existe detrás de la expresión “misión compartida”, vamos a intentar recoger la pluralidad de realidades eclesiales que se acogen a su sombra. En el año 2002, el Instituto de los Claretianos, dedicó su *31 Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada* a la misión compartida. La publicación de las distintas intervenciones dirigida por Bonifacio Fernández y Fernando Torres, muestra la realidad del aserto con el que encabezamos este capítulo: la misión compartida es una expresión flexible, capaz de acoger dentro de sí a una variedad de situaciones eclesiales. Vamos a describir las más significativas, tomando pie en las aportaciones realizadas en esta publicación.

2.1. La misión compartida de los religiosos/as con sus colaboradores

Para ser fieles a la verdad, hay que comenzar diciendo que la misión compartida, desde un punto de vista fenomenológico, ha nacido haciendo de la necesidad virtud. ¿Qué queremos decir con esto? En nuestro país, muchas obras de Iglesia, tanto de carácter diocesano como sobre todo, aquellas dirigidas y animadas por las congregaciones religiosas, han contado siempre con laicos que completaban el trabajo y

la misión desarrollada en su mayoría por sacerdotes, religiosos y religiosas. En las obras educativas eran denominados “auxiliares” y ya sólo su nombre, indica su carácter excepcional y su distancia de los centros de decisión y animación. La sociología religiosa nos muestra como la progresiva disminución de efectivos entre los consagrados y ministros ordenados ha hecho perentoria la incorporación de un número cada vez mayor de seculares a las tareas de animación y misión, así como el incremento de sus responsabilidades en tales obras eclesiales. De este modo se ha comenzado a hablar de colaboradores seculares, utilizando para ello una pluralidad de nombres según familias religiosas; la vida consagrada se ha dado cuenta de que es ella la que se encuentra ahora en minoría en sus obras apostólicas; y se ha sentido urgida a formar a los laicos para asumir la animación y misión que antes desarrollaban los religiosos casi de manera autárquica, de modo que éstos, en la asunción de las responsabilidades derivadas de la misión, actúen desde la identidad y espiritualidad propia de la obra eclesial a la que se incorporan.

Este modelo a veces es prematuramente bautizado como misión compartida. Ciertamente éste ha sido el camino más frecuente que en la práctica nos ha conducido al nuevo modelo de misión en la Iglesia. No hay que olvidar que la voluntad de Dios se sigue manifestando en la historia y que el Vaticano II nos enseñó a leer en ella los signos de los tiempos. Pero si tenemos en cuenta lo que ya hemos desarrollado en el capítulo primero, nos damos cuenta de que en este modelo falta bidireccionalidad. En muchos casos, la vida consagrada ha confiado a los laicos gran parte de su misión, pero manteniendo la iniciativa y dirección y sin que se haya suscitado entre ellos el sentido de la común vocación, que sitúa en el mismo plano; ése en el que nos coloca el bautismo. De tal modo que, aquello que llamamos misión compartida queda más bien en tarea asignada o en el mejor de los casos en tarea compartida, pero sin que se pueda hablar de misión o envío en sentido propio.

A mi modo de ver, no es honrado llamar misión compartida a cualquier cosa. Si este ha sido el itinerario que por necesidad nos ha tocado vivir, tenemos que seguir dando pasos, siendo conscientes de que todavía quedan tramos hasta que podamos hablar con propiedad de una verdadera misión compartida por laicos y religiosos, es decir, de una comunión profunda en la fe, que desde distintas formas de vida nos lleva a impulsar una misma misión.

2.2. La misión compartida intercongregacional

Hemos inaugurado el siglo XXI desde la perspectiva de la globalización. Nadie, en el actual estado de cosas de nuestra cultura puede permanecer recluido en su reducto, en su pequeño mundo, cuando éste se nos ha hecho pequeño y todo está conectado. Estamos en el tiempo de los “inter” y así se dice que nuestro siglo será intercomunicado, interreligioso,...y en esta realidad eclesial emergente que estamos describiendo, aparece otro inter, lo intercongregacional. Si el despertar del fenómeno de la misión compartido ha sido fruto de la sinergia del protagonismo del laicado a partir de la segunda mitad del siglo XX e impulsado por el Vaticano II y por la necesidad de su colaboración en las obras apostólicas de los religiosos debido a la disminución de vocaciones de los consagrados, podemos decir que en los últimos años, ha nacido otra forma de misión compartida, fruto de la colaboración entre la distintas congregaciones religiosas, unidas para la animación conjunta de una obra apostólica y del

redescubrimiento, en lugares como CONFER y FERE de nuestra identidad común como consagrados, llamados a ser un signo de comunión, pasión por Dios y por la humanidad, más allá de nuestros particulares carismas y modos de ser en la Iglesia.

Una vez más, la debilidad y las condiciones de la historia, nos están dando razones para “nacer de nuevo”, aprovechando las dificultades y convirtiéndolas en retos y oportunidades de renovación. Es esta la hora de mostrar más lo que nos une que los que nos diferencia; es la hora del enriquecimiento por la complementariedad de los carismas; es la hora de poner en primer plano que lo central en la vida de los consagrados es el seguimiento radical de Cristo y el servicio a su Reino, mediante la profesión de los consejos evangélicos. Como dice M^a Luz Galván, en su participación en la *31 Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada*,

“Hace falta cultivar entre nosotros, una única mirada: la gloria de Dios y su proyecto de amor por encima de todo... Esta única mirada hizo sentirse hermanados a muchos fundadores y fundadoras del tiempo. Muchos de ellos se apoyaron y enardecieron mutuamente. Necesitamos recobrar hoy con mucha urgencia esa única mirada, y necesitamos hacernos arder unos a otros en la comunicación de esa pasión por la gloria de Dios y por el amor de sus hijos e hijas. Un nuevo ardor apostólico y una nueva creatividad religiosa y misionera serán frutos de ellas”¹⁰.

Esos frutos ya se empiezan a recoger y otros a presentir germinalmente. Son muchas las congregaciones religiosas con obras apostólicas educativas que concentran sus esfuerzos y se unen en un sólo proyecto en algunas localidades, fundiendo espiritualidad, historia, recursos, capacidades y personal; creando, en la práctica, cultura de comunión en el seno mismo de la vida consagrada. A veces se trata de partos difíciles, porque no en vano, estamos naciendo de nuevo, y cuesta renunciar a las viejas prácticas autárquicas. Pero, en muchos lugares, está resultando una fuente de vida, de esperanza y de futuro.

En otros casos, las congregaciones se unen para el cuidado de sus miembros más ancianos y enfermos en comunidades especialmente pensados y equipados para sus necesidades. Algo que en ocasiones no está a disposición de una sola familia religiosa, es posible uniendo recursos, para cuidar el mayor de nuestros tesoros: nuestros hermanos y hermanas que han dado la vida al servicio del evangelio en la misión de nuestros institutos.

Y por terminar, la vida consagrada, queriendo ser hoy un signo, una voz y una presencia evangélica en nuestro mundo, en estos tiempos de disminución numérica, redescubre la fuerza multiplicadora de las iniciativas comunes, llevadas a cabo en red, como son la formación, los procesos de animación y discernimiento vocacional, la presencia en los medios de comunicación, la denuncia de las situaciones injustas, y la negociación con las autoridades a la hora de establecer nuestro lugar en la sociedad civil, y nuestro servicio y colaboración en ella desde la misión que desarrollamos como religiosos. El proyecto “Pensar CONFER” recoge en gran parte esta realidad y este

¹⁰ M^a. Luz GALVÁN, “Nace la vida consagrada cuando compartimos misión” en B. FERNÁNDEZ- F. TORRES, *La misión compartida*, Madrid 2002, 230.

sueño de una vida consagrada más unida, desde nuestra común vocación y desde las posibilidades y recursos con los que contamos, en la sociedad española del siglo XXI.

Se trata pues, de una nueva concreción de la eclesiología de comunión la que, más allá de pragmatismos, que también están presentes, mueven hacia esta segunda manifestación de la misión compartida que es la realidad intercongregacional y de la que la anterior secretaria general de CONFER ha hablado así:

“La dimensión intercongregacional tiene que convertirse ya, en una parte de nuestra educación congregacional y de nuestra proyección apostólica. La amistad espiritual y efectiva entre los miembros de las distintas congregaciones es un tejido de red indispensable para crear y sostener nuevos proyectos que sirvan al evangelio hoy. Reflexionar, discernir y trabajar juntos nos hace renacer a una forma de vida consagrada que enriquece y ayuda a urdir con nueva vitalidad el tejido eclesial, y que le presta el calor de esa credibilidad que Jesús quería para la comunidad de creyentes. Nacer como don eclesial, como hermanos y hermanas, vinculados por una misma profesión religiosa y hermanados en el discernimiento y proyectos intercongregacionales, es una forma de renacer a un futuro nuevo. Esperemos que de esta manera de ser surja una nueva vitalidad en toda la vida consagrada para bien de la Iglesia toda”¹¹.

Y es que la misión compartida, va tendiendo puentes, abriendo puertas, creando red y vinculando realidades eclesiales en círculos cada vez más amplios. Es por eso que ahora, damos un paso más, mirando hacia la Iglesia particular.

2.3. La misión compartida en el seno de la Iglesia particular: obispo, sacerdotes, religiosos y laicos

Entramos aquí en un espacio mucho menos reflexionado y que ha sido presentado fundamentalmente por Monseñor Blázquez, actual Presidente de la Conferencia Episcopal Española, en su participación en la *31 Semana nacional para Institutos de Vida Consagrada*.¹² No es habitual referir la expresión misión compartida al ámbito de la Iglesia particular. Pero sin duda, es un acierto que esta realidad emergente y tan presente ya en la vida eclesial de los laicos en relación con la vida consagrada, se introduzca en este marco más amplio, donde están llamados a concurrir y desarrollarse todos los carismas y ministerios, bajo la presidencia en la caridad del obispo, sucesor de los apóstoles.

Como es conocido, las mutuas relaciones entre vida consagrada y jerarquía suelen ser un banco de pruebas para la comunión, no exento de dificultades. En este punto, los religiosos y religiosas, unidos cada vez más a los laicos con los que comparten espiritualidad y misión, como hemos descrito ya en apartados anteriores, hemos de aprender a abrirnos a la realidad de la vida diocesana, aportando a ella nuestro carisma, ministerio y sobre todo el testimonio de lo que es más propio de nuestra consagración: la donación entera a Dios, el único necesario. El testimonio de

¹¹ *Ibíd.*, p.320.

¹² Ricardo BLAZQUEZ, “La Iglesia particular, espacio y rampa de lanzamiento de la misión compartida” en B. FERNÁNDEZ- F. TORRES, *La misión compartida*, Madrid 2002, 283-303.

que Dios es absolutamente determinante para la vida humana. Esta es nuestra aportación desde la profesión por los votos que son los pilares de la vida consagrada. Blázquez invita a que, más allá de los distintos servicios de promoción y desarrollo con los que los religiosos historizan el reino de Dios, no haya miedo a anunciar también con palabras, al Dios que está en el corazón de la entrega sin descanso de los religiosos en las múltiples actividades asistenciales: educación, salud, desarrollo, trabajo por la justicia,...

Del mismo modo, la Iglesia diocesana, en especial los presbíteros y responsables de las comunidades cristianas, está llamada a reconocer el don de la vida consagrada para la Iglesia local, a descubrir su particular camino de seguimiento y sus distintas formas de vida, dando a conocer al pueblo de Dios, la especificidad de su vocación y ministerio. Aquí quedan muchos pasos que dar en el camino de la real comunión, del aprecio mutuo, de la complementariedad y la ayuda recíproca. Una vez más, poner los ojos, no en nuestras diferencias, sino en la amplísima y compleja misión común que se tiene por delante en cada Iglesia particular, es el camino para la unidad y la comunión en la pasión común por el evangelio y sus criaturas.

Blázquez identifica la misión con la evangelización, y nos recuerda que la complejidad de los elementos integrantes en la evangelización¹³, nos ayuda a comprender cómo solo la Iglesia, que es un cuerpo con diversos miembros y carismas, es el sujeto evangelizador y puede efectivamente evangelizar. El acto evangelizador no es una iniciativa aislada sino algo profundamente eclesial.

Justamente esta complejidad hace que no podamos prescindir de nadie. Todos los miembros del cuerpo de Cristo que forman, en torno a Jesús la comunión por obra del Espíritu, son enviados para hacer presente de modo armónico la buena noticia de Dios, al que queremos hacer presente en medio de nuestro mundo. No podemos prescindir ni de la enseñanza y presidencia en la caridad del obispo, ni de la apostolicidad de los ministros ordenados, ni de la fuerza espiritual de la vida consagrada en la oración o la misión liminal en los lugares últimos y fronterizos de nuestro mundo, ni de la acción como levadura en medio de la masa, de los hombres y mujeres que desde su vocación laical, transforman la realidad histórica presente desde la familia, el trabajo, la política, la cultura o los múltiples servicios a la sociedad civil. Este es el cuerpo de Cristo en misión compartida en cada una de las Iglesias particulares, llamado cada día a conocerse mejor, estrecharse más, y servir a la misión en el lugar donde el evangelio necesita ser anunciado y vivido con pasión contagiosa.

Es por tanto, la diócesis, desde la perspectiva episcopal de Ricardo Blázquez, el espacio de actuación de todos los miembros de la Iglesia. Por eso, y quizá sea esto lo que podemos recoger aquí a modo de conclusión, la inserción renovada en la Iglesia y la sociedad concreta, en unas coordenadas geográficas e históricas de la vida consagrada y de los laicos con los que comparten vida y misión es un beneficio para todos. Y en esta medida, toda acción tendente a la comunión, al trabajo y sentir común de todos los

¹³ Cfr. *Evangelii nuntiandi*, 24: "Al terminar estas consideraciones sobre el sentido de la evangelización, se debe formular una última observación que creemos esclarecedora para las reflexiones siguientes. La evangelización, hemos dicho, es un paso complejo con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativa de apostolado. Estos elementos pueden contrastantes e incluso exclusivos. En realidad son complementarios y mutuamente enriquecedores".

agentes evangelizadores en la vida de la Iglesia local, más allá de sus formas de vida, realidades carismáticas y espiritualidades, redundará en eficacia apostólica y en significatividad de comunión para los hombres y mujeres de hoy.

2.4. La misión compartida en la Familia Religiosa

Si comenzáramos este periplo descriptivo con la misión compartida entendida como aquella que realizan los religiosos con la colaboración de los laicos, cerramos este apartado, con lo que podemos entender, una forma subsiguiente y más desarrollada de este modelo: la misión compartida en una familia religiosa.

Entendemos por familia religiosa al conjunto formado por distintas formas de vida en la Iglesia, compartiendo un mismo carisma, una espiritualidad y una misión común en una pluralidad de ministerios. Un buen icono de esta realidad eclesial es el árbol en donde existen unas raíces y un tronco común que se diversifica en distintas ramas. Estas suelen ser: la vida religiosa masculina, la vida religiosa femenina, la vida laical, el ministerio ordenado y en ocasiones, los institutos seculares. En este punto, la realidad va generando, como en todo ser vivo, una pluralidad de manifestaciones que progresivamente van institucionalizándose en el ordenamiento jurídico eclesial.

La Familia Religiosa en ocasiones, nace de una manera progresiva. En un determinado momento histórico, un carisma ha sido suscitado por Dios y acogido por el fundador y/o grupo fundador dando lugar al nacimiento de una orden o congregación religiosa. Progresivamente, y con el paso del tiempo, ha aparecido su homólogo femenino, y finalmente, algunos laicos han querido vivir asociados a la experiencia espiritual y a la propuesta carismática de estos institutos desde su estado de vida, naciendo su correspondiente laical como orden tercera, o grupos asociados.

Sin embargo, en algunos casos, un fundador, fundadora o grupo fundador ha recibido la inspiración de poner en pie, toda una familia capaz de albergar dentro de sí, la misma realidad eclesial en su diversidad de formas de vida: laica, religiosa, y sacerdotal.

La familia religiosa tiene por tanto, una unidad que está en el carisma recibido, en la vocación común, y en una misión a desarrollar por todos en la particularidad de su consagración.

El carmelita Jesús Castellano, considera que estas familias religiosas son factores de unidad carismática, espiritual y de misión. Así afirma:

“No es que tengan de por sí un ministerio de unidad, como sería el del Papa, los Obispos, y en su campo, los presbíteros dentro de la Iglesia, sino que, por otras razones, por una ministerialidad carismática, son en medio del pueblo de Dios, catalizadores de unidad espiritual y de vocación abierta en la misión”¹⁴.

Cuando observamos la vida eclesial de las familias religiosas y analizamos su historia, la situación de cada rama, el papel de los laicos dentro de ellas, la identidad y

¹⁴ Jesús CASTELLANO, “Las familias religiosas: factores de unidad carismática, espiritual y de misión” en B. FERNÁNDEZ- F. TORRES, *La misión compartida*, Madrid 2002, 249.

roles que cada uno desarrolla, y la participación de cada uno de ellos en la animación de la misión, nos damos cuenta de que nos hallamos ante un panorama plural, complejo, en transformación y no fácilmente catalogable. Como hemos insistido en el primer apartado, en muchos casos, ha sido la realidad y la necesidad, la que ha ido incorporando laicos a la misión de un instituto religioso. Y en un proceso más o menos largo, esto ha dado lugar al deseo de vivir un carisma que no es patrimonio exclusivo de la forma de vida religiosa, desde el estado de vida laical, participando en única misión, que se convierte en un potentísimo factor aglutinante. A veces en una misma familia religiosa, conviven distintos modos de pertenencia a ella, en ocasiones derivadas de la simple colaboración en la misión de los religiosos, y otras en la participación, más o menos institucional en la vocación, carisma y espiritualidad legada a la Iglesia por el Espíritu a través del fundador. En la práctica, es precisa la clarificación y la resolución de los distintos conflictos de crecimiento que en ocasiones acompañan a la vivencia de la misión compartida.

A continuación, vamos a aterrizar en realidades concretas de misión compartida vivida en las familias religiosas. Son estas las que nos pueden ofrecer luz sobre sus posibilidades, dificultades, retos y soluciones a la hora de afrontar este modelo eclesial de comunión desde el vector de la misión compartida.

3. COMPARTIR MISIÓN EN FAMILIA

3.1. ¿Quiénes la viven?

Cuando contemplamos la realidad española en lo que toca a misión compartida de familias religiosas nos encontramos con un dato significativo: este fenómeno está ocurriendo sobre todo en los centros educativos religiosos. Esta es la procedencia fundamental de la vivencia de la misión compartida tal y como lo refleja Carlos García de Andoain en su estudio sobre el laicado¹⁵. Allí se pone de manifiesto lo que ya ha sido introducido en nuestro estudio: la misión compartida tiene un carácter procesual, esto es, se va pasando de la necesidad de incorporar laicos a la misión de los religiosos y religiosas a compartir carisma. Podemos decir que se va de lo menos a lo más, de lo más pragmático, a lo más identitario y vocacional.

Opera el autor desde los datos proporcionados por Fernando Vidal en un estudio elaborado en el año 2001¹⁶. Así recoge los siguientes datos: en los centros educativos de los religiosos y religiosas en España trabajan 80959 profesores¹⁷, en su gran mayoría laicos. En ocasiones, los jóvenes de las distintas iniciativas de pastoral de juventud o voluntariado social maduran su fe cristiana de una manera vocacional, inspirados por el carisma de la congregación no necesariamente para el estado de vida religioso. Así, de un modo o de otro, prolifera el número de congregaciones que se han planteado la

¹⁵ Carlos GARCÍA DE ANDOAIN, *Laicos cristianos, Iglesia en el mundo*, HOAC, Madrid 2004, 93-105.

¹⁶ Fernando VIDAL, "Asociacionismo religioso laico vinculado a congregaciones religiosas. España `2001`" en CONFER 158 (2002).

¹⁷ Según datos de la Federación de Enseñanza Religiosa de España hay 2790 centros de enseñanza de niveles no universitarios, con 45.240 aulas en las que estudian 1.500.037 alumnos (aproximadamente, 2.500.000 de padres) e imparten docencia 80.959 profesores. La FERE mantiene también 417 escuelas infantiles y 34 centros de educación de adultos.

opción por el laicado y particularmente la apertura a releer el propio carisma con el fin de incorporar a él a los laicos. Según el estudio de Fernando Vidal y María Llinás de la Universidad de Comillas, que ya ha sido citado:

Hay un bloque asociativo ligado a las congregaciones religiosas que reúne a 600.000 personas y, dentro de éste hay, al menos, un núcleo duro de asociacionismo laical religioso que está constituido por 45 entidades, distribuidas en 795 subagrupaciones por toda España y que afilian a 51.927 personas.

Este dato nos pone ante la evidencia de que lo que hoy está planteándose el mundo de las congregaciones religiosas en España respecto al laicado requeriría un estudio pormenorizado y sistemático que escapa a las posibilidades del trabajo de Carlos García Andoain y mucho más al de esta pequeña aportación respecto a la misión compartida. Sin embargo, vamos a intentar hacer un muestreo significativo, de manera que podamos visualizar un panorama dibujado por la realidad de algunas familias religiosas que están apostando por la misión compartida. Nos vamos a referir a los siguientes grupos:

- 1) Comunidades de vida cristiana y laicado ignaciano
- 2) Seglares claretianos
- 3) Movimiento laical salesiano
- 4) Laicos de la Compañía de María
- 5) Laicos asociados a los clérigos de San Viator
- 6) Laicado escolapio y escolapio laico

3.2. ¿Cómo lo formulan?

a) Comunidades de vida cristiana y laicado ignaciano¹⁸

Las denominadas CVX nacen en torno a 1964, siendo Preósito General de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe. Son herederas de las antiguas congregaciones marianas animadas por los jesuitas. Estas comunidades están centradas en la espiritualidad derivada de los Ejercicios de San Ignacio y colaboran en la misión de la Compañía de Jesús¹⁹. Los ámbitos de cooperación en la misión son: el desarrollo a través de ONGs como *Entreculturas*, *Centros de Fe y Cultura*, colegios y universidades, y el mundo de las publicaciones.

Una vez más nos encontramos con el proceso habitual de los laicos que comparten misión, de la colaboración en servicios y tareas concretas hasta ser considerados colegas. En el caso ignaciano, este paso ocurre con frecuencia a través de la experiencia de los ejercicios. Ha sido precisamente la participación de los laicos en la

¹⁸ Revista de Espiritualidad Ignaciana, CIS 96, Roma, 2001.

¹⁹ COMPAÑÍA DE JESUS, *Congregación General* 34, decreto 13, 1-7, 1995: "La Compañía de Jesús reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro el que los laicos tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia, en este decisivo momento de la historia, (Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 3). Deseamos responder a esta gracia poniéndonos al servicio de la plena realización de la misión de los laicos y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en su misión".

espiritualidad y misión jesuita, lo que ha impulsado en estos últimos años, la práctica de los ejercicios en la vida ordinaria. Los asociados a la Compañía de Jesús mantienen un lazo estrecho con los jesuitas. La pregunta es: ¿qué significa esto? Se trata de compartir un mismo carisma y misión. Pero las dificultades vienen siempre en la concreción práctica. De este modo los asociados reclaman inclusión en los procesos de discernimiento sobre prioridades de la misión de la Provincia. El reto, en esta realidad jesuita, como en la mayoría de las familias religiosas está en la reciprocidad entre jesuitas y laicos ignacianos.

b) Los seculares claretianos

En torno a los años 80 surge el movimiento laical de la Familia Claretiana. Nos referimos a hombres y mujeres que desde su opción laical se adhieren a Cristo bajo el estilo de vida y la espiritualidad de Antonio María Claret. En la actualidad, el movimiento laical claretiano engloba a unos 125 grupos a los que pertenecen unos 1000 miembros.

Fundamentalmente, colaboran en la pastoral de los misioneros claretianos: pastoral indígena en misiones populares, pastoral parroquial, pastoral juvenil y educativa, promoción y formación de nuevos misioneros y servicio misionero de la Palabra.

El VI Encuentro Internacional de la Familia Claretiana celebrado en Bangalore en 2005, constataba el deseo de seguir avanzando en comunión entre las distintas ramas, siendo conscientes de las dificultades y tratando de poner en marcha proyectos de futuro en común²⁰. En este documento queda expresado lo que para esta familia religiosa significa la “misión compartida”. En primer lugar, nos ofrece su sentido más universal y *ad extra*.

“Queremos expresar la conciencia de participación en la única misión –la de Jesús- que ha sido confiada a la Iglesia: ser signos del amor del Padre e instrumento para que el don de la vida llegue a su plenitud en las personas y pueblos. Es más, desde un horizonte más amplio, queremos expresar nuestra conciencia de participación en la misión que el Padre confió a la humanidad desde el inicio de la historia: cuidar la creación y construir una historia fraterna y solidaria. Se trata de una misión, pues, que compartimos con todos los discípulos de Jesús y con todos los hombres y mujeres que luchan por construir una historia según el designio del Padre. Nos sumamos a esta misión aportando un don específico que Dios nos ha dado a través de Claret y que compartimos, a su vez, varias instituciones que nos inspiramos en su experiencia espiritual y apostólica”²¹.

Pero también, la misión compartida tiene un significado particular *ad intra* de la Familia:

²⁰ VI Encuentro Internacional de la Familia Claretiana, *La misión compartida como Familia Claretiana en el contexto actual*, Bangalore (India) 20-25 de Junio de 2005.

²¹ o.c. núm. 8.

“Dentro del ámbito de la familia claretiana queremos vivir también esta realidad de la Misión Compartida. Nosotros, miembros de la Familia Claretiana, sentimos la urgencia de la misión compartida dentro de la comunión eclesial con el acento del carisma misionero de Claret, Misionero Apostólico. Claret esbozó una amplia organización apostólica, entonces incomprendida, que luego fue configurando como un “ejército” puesto bajo la protección del Corazón Inmaculado de la Madre de Dios y compuesto por tres órdenes que con el tiempo se irían concretando en varios grupos de hombres y mujeres consagrados, un instituto secular y una organización de laicos. Todos ellos con el denominador común del apostolado misionero. A todos nos une, pues, el carisma de san Antonio M^a Claret y el deseo de trabajar juntos por el reino de Dios. La misión compartida sería el quehacer conjunto de ese “ejército de evangelizadores” donde unir complementariamente nuestros dones y llevar así al mundo el mensaje de Jesús”²².

Como en tantas otras familias religiosas, a las que vamos aludiendo, la misión compartida ha aparecido en ocasiones como el despliegue de una necesidad de colaboradores para llevar a cabo las tareas misioneras de los religiosos y religiosas. En la familia claretiana esta necesidad de llevar a cabo una misión compartida “ha ido surgiendo de un modo lento pero intenso”. Así lo afirma el documento. En algunos casos, se constata el problema de la supremacía de unos sobre otros, así como las insanas dependencias. Se han dado pasos hacia actuaciones comunes, pero como señala el documento de Bangalore, una mirada global al proceso, advierte de la necesidad de llegar, “no sólo a un nuevo estilo de trabajo, sino a un verdadero cambio de mentalidad: crecer en fraternidad claretiana, en espíritu de familia, como hermanos, cada uno con sus diferencias y valores”²³.

En cualquier caso, la Familia Claretiana es consciente de que la verdadera misión compartida debe nacer de una comunión de vida cada día más profunda que llevará a proyectos y acciones concretas. El horizonte que se proponen es entender la misión compartida como modo normal de misión, y para ello, es necesario reflexionar y clarificarse sobre las consecuencias que esto tiene para cada institución y que se traducirán en decisiones en “la espiritualidad, la pastoral vocacional, los procesos formativos, la vida comunitaria, el trabajo apostólico y las mismas instituciones de gobierno y economía”²⁴.

Como vemos, una vez más, la misión compartida de los religiosos con los laicos supone un grandísimo desafío, así como la ocasión de renovación para la vida consagrada que, frente al horizonte del común envío y de las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro mundo, nos sitúa ante las puertas de un nuevo paradigma y modo de entender los elementos más estructurales de las distintas formas de vida en la Iglesia. También se evidencia, que en esta materia nos encontramos aún muy en camino, y que se precisan dar pasos para salir del impasse. Quizá, como afirma el documento, los pasos a dar en el futuro inmediato, sean estos tres²⁵:

- Disposición a perder algo de nosotros mismos para ganar como Familia.

²² o.c. núm. 9.

²³ o.c. núm. 10.

²⁴ o.c. núm. 12.

²⁵ o.c. núm. 14.

- Mayor información, comunicación y relaciones interpersonales sobre todo con las ramas de nuestra familia más cercanas geográficamente.
- Plasmar en algunos proyectos comunes nuestro ideal de misión compartida.

Esto último me parece, particularmente importante. Quizá aquí también el evangelio de Jesús siga siendo una voz autorizada para recordarnos que no se puede echar un remiendo de paño nuevo sobre paño viejo, ni vino nuevo en odres viejos²⁶. Quizá nos esta haciendo falta, poner en pie la misión compartida desde nuevas iniciativas apostólicas soñadas y puestas en marcha entre todos en reciprocidad.

c) Movimiento laical lasaliano

El Concilio Vaticano II, con su llamada a los religiosos a retornar a las fuentes del carisma, impulsa también a los Hermanos de la Salle en la puesta en marcha del laicado en su familia religiosa. Desde entonces los Capítulos Generales han insistido en la asociación de laicos, incentivando los estudios sobre el voto de asociación (1976), publicando la Carta a la Familia Lasaliana (1986), desarrollando el tema de la misión compartida (1993) y poniéndolo en el centro del Capítulo General del 2000²⁷. En los dos últimos capítulos a los que hemos hecho referencia han sido invitados a participar consultores seculares en los trabajos relativos a la misión.

En estos años, la familia lasaliana ha ido clarificando la relación entre los hermanos y los laicos, estableciendo distinciones según los vínculos que se establecen. Fundamentalmente existe una división fundamental:

- Asociados: estos tienen una proximidad real con los hermanos, comprometidos en la misión. Los asociados se vinculan a los hermanos por una comunión de vocación y misión.
- Colaboradores: son aquellos cuya vinculación con los hermanos está basada en la tarea o ministerio.

Así, la familia lasaliana entiende que existen cuatro tipos de asociados:

- 1) De corazón: vinculación basada en la amistad y el afecto.
- 2) De espiritualidad: son aquellos que buscan el desarrollo de su vida cristiana, según la espiritualidad lasaliana. En este grupo se encuentran instituciones como *Signum Fidei*, *Fraternidad Lasaliana Secular* o *Comunidades Cristianas de La Salle*.
- 3) De misión educativa: son aquellos vinculados a los Hermanos de la Salle, ya sea por razón profesional o en tareas de voluntariado lasaliano.
- 4) De carácter jurídico o funcional: asociaciones laicales con alta responsabilidad en la dirección y animación de las obras lasalianas.

²⁶ Mc 2,18-22.

²⁷ INSTITUTO DE HERMANOS DE LA SALLE, 43º Capítulo General (mayo y junio del 2000), "Asociados para el servicio educativo de los pobres como respuesta lasaliana a los desafíos del siglo XXI".

En este último caso, el 43º Capítulo General ha establecido la participación de estos asociados lasalianos en los organismos de decisión referentes a la misión. Para ellos se han creado estructuras nuevas a nivel internacional como son el Consejo Permanente de la Misión Educativa y la Comisión “Asociados para el servicio educativo de los pobres”.

Como podemos observar, en la Familia Lasaliana, hay una preocupación por ir institucionalizando la experiencia de misión compartida, en órganos de decisión conjunta de hermanos y laicos. Aquí, la común tarea educativa, está en el centro polarizador de fuerzas y creador de esta nueva comunión eclesial, en una congregación no clerical, en donde la distancia entre laicos y religiosos, en principio es menor, y donde resulta más evidente, la común vocación y consagración bautismal.

d) Laicos de la Compañía de María

El Instituto Compañía de María Nuestra Señora fue fundado en Burdeos en el siglo XVII por santa Juana de Lestonnac, con espiritualidad ignaciana y teniendo por misión la educación de las niñas y jóvenes pobres. También en este instituto la promoción del laicado y el fenómeno de la misión compartida ha nacido, empujado por la necesidad a causa de la falta de vocaciones. Ha sido una vez más, la fragilidad la que ha abierto la puerta a compartir la responsabilidad de la misión con los laicos aportando su experiencia y su riqueza. La implicación progresiva de éstos y su crecimiento les han llevado a solicitar vivir la espiritualidad que anima su misión educativa. Vemos pues como en este caso concreto, es nuevamente la puerta de la misión la que conduce a vivir una determinada espiritualidad, generando familia religiosa.

Este proceso se ha institucionalizado con el Capítulo General de 1997 en donde se ha pretendido impulsar la maduración de la misión compartida en un proceso interactivo y de construcción conjunta²⁸. Este proceso ha llevado a la congregación a releer la historia de los laicos en la Compañía, empezando por su fundadora, una mujer casada, con hijos y viuda, que en la madurez de su vida, pone en marcha su fundación tras una vida de intensa espiritualidad y caridad, para el servicio de la educación de los pobres. Esta relectura les ha llevado a descubrir la presencia de una congregación mariana asociada a la orden, y a sopesar el valor del trabajo cotidiano con los laicos en los centros educativos. Esto ha hecho nacer un nuevo planteamiento en relación al laicado, a su misión y espiritualidad en relación con la Compañía.

Con ocasión del XV Capítulo General celebrado en Roma en abril del 2003, los laicos y laicas participantes en el mismo han elaborado un documento de discernimiento en que se trazan las líneas por las que han de seguir caminando en su proceso de incorporación a la espiritualidad y misión de la Compañía de María²⁹. En este documento que recoge una reflexión que desborda los días de las sesiones capitulares, y en donde se condensa la participación de cuantos están viviendo este alumbramiento de

²⁸ COMPAÑÍA DE MARÍA, XIV Capítulo General (1997), “Educación, misión de la Compañía con los laicos en el umbral del siglo XXI”.

²⁹XV Capítulo General de la Compañía de María (2003), “Buscando, vislumbrando, discerniendo. El horizonte del camino”, Reflexión realizada por los laicos y laicas participantes en el XV Capítulo General a partir de lo aportado en los diferentes contextos, en <http://www.lestonnac.org/laicos/xvcapitulo/xvcaplaicosdoc.htm>

la misión compartida en la institución de santa Juan de Lestonnac, la preocupación está en la elaboración de un plan de formación, acentuando lo carismático, por encima de la preocupación organizativa³⁰. Esta empieza a preverse pero se advierte de la necesidad de ser flexible y adaptarse a los lugares y ritmos existentes en cada uno en este camino de crecimiento que debe llevar a tejer una red local, provincial e internacional.

Cuando el documento esboza la organización laical, establece una serie de objetivos entre los que se sitúan los propios de la misión compartida expresados de la siguiente manera:

Establecer relación entre los diferentes grupos, entre los grupos y la Compañía, generando mecanismos de comunicación que ayuden a mantener la sintonía, la unidad internacional, el caminar conjunto y el intercambio de reflexiones y experiencias. Acompañar el proceso de los diferentes grupos, velando por mantener vivo el espíritu de la Compañía, para contribuir a que continúe y se proyecte en el futuro el legado de Juana de Lestonnac. Ayudar a vivir el ser Compañía de María, en complementariedad y corresponsabilidad. Apoyar proyectos que puedan surgir con la finalidad de llevar "más allá" (magis) nuestro servicio educativo.

Con claridad vemos cómo se perfilan dos líneas interesantes: por un lado, el crecimiento en la vinculación, interdependencia, corresponsabilidad nacida desde la conciencia de la complementariedad de las formas de vida como riqueza para el desarrollo de la misión desde el carisma dado por Dios a su Iglesia a través de la fundadora; y por otro la necesidad, ya citada aquí en más de una ocasión, de poner en pie proyectos nuevos desde esta nueva configuración eclesial nacida de la relectura de la propia historia y del trabajo y la vida compartida en la misión.

El documento se refiere a grupos dentro de la organización laical, porque también aquí se constata una diversa tipología y modos de vivir la espiritualidad de la Compañía de María dentro de la forma de vida laical: así se enuncian hasta cuatro grupos: educadores, antiguos alumnos y alumnas, comunidades laicas y voluntarios. Una vez más, será cuestión de que el tiempo y la experiencia, vaya permitiendo una clarificación de los niveles de pertenencia y vinculación, para estructurar las obligaciones, participación y corresponsabilidad en las decisiones, evitando así los conflictos a que necesariamente da lugar todo crecimiento. En cualquier caso, es bueno que estas concreciones vayan surgiendo como respuesta a la pregunta que en el mismo documento se formulan los laicos:

En el presente vivimos la relación-vinculación-integración... con la Compañía a través de diferentes grupos y tareas que expresan el don ofrecido a Juana de Lestonnac, vivido desde un proyecto de vida cristiana laical. Mirando hacia el futuro la pregunta que ha guiado la reflexión ha sido: **¿Cuál es el camino conjunto** que mejor nos posibilitará servir educativamente en las situaciones necesitadas de hoy desde la Misión humanizadora y evangelizadora de la Compañía de María?...

³⁰ "Para hacer camino conjunto en la Compañía de María, para vivir en corresponsabilidad la misión educativa, para fortalecer la espiritualidad, para recrear el proyecto y las pedagogías... los/as laicos/as expresamos la necesidad de un **plan de formación universal**, que contenga núcleos fundamentales, y nos ayude a vivir la identidad de Compañía de María".

Es apreciable, con meridiana claridad, como nos encontramos ante una reflexión en ciernes, ante unos primeros balbuceos y una reflexión que va creciendo al hilo de la vida. La misión compartida es una ventana nueva a la que es preciso estar atentos. A través de ella, entra el aire nuevo, a veces suavemente. En otras ocasiones, con la fuerza impetuosa del Espíritu. De ahí que sea necesario ir armonizando la experiencia carismática de una vida consagrada, que en este caso viene del siglo XVII, con las necesidades, búsquedas y modos nuevos que trae una vida laical, que quiere incorporarse corresponsablemente y de pleno derecho, a la tarea misionera desde la experiencia carismática de nuestros fundadores.

La Compañía de María, en la Asamblea celebrada en Japón en 1994, ya había comenzado a vislumbrar este camino, cuando afirmaba:

- Percibir el camino que se está dando en relación con los laicos. De colaboradores a sentirse complementarios y enriquecidos por ellos.
- Desear compartir con los laicos lo que son y la propia espiritualidad, la sistematización de procesos, la creación de grupos sobre la experiencia de los Ejercicios de san Ignacio, las experiencias de acompañamiento del proceso espiritual de los grupos religiosos, la unión como Familia Compañía de María, la propuesta de un proyecto de vida laical con la Compañía.

Todo ello, como una exigencia de la misión para el siglo XXI que, a juicio de la Asamblea, está pidiendo:

- 1) Ser educadores de la fe al servicio de la justicia con los laicos.
- 2) Vivir con los laicos una Iglesia de comunión y una espiritualidad de encarnación.
- 3) Descubrir como mujeres consagradas la propia laicidad de bautizadas.
- 4) La exigencia de formación permanente de todo el cuerpo apostólico: religiosas y laicos.
- 5) Preparación de algunas religiosas para el servicio de acompañamiento a los laicos como nuevo servicio educativo.
- 6) No manipulación de los laicos en su propio camino. Dejarles ser protagonistas de su proceso, ir al lado de ellos, y detrás del Espíritu.

Esta lectura atenta de la realidad realizada por las religiosas de la Compañía de María, me parece extraordinariamente lúcida, plantea los más importantes retos en punto a relación con los laicos, y sobre todo pone ante los ojos una gran esperanza para quienes vivimos la vida consagrada en una imprescindible y complementaria comunión con ellos.

e) Laicos asociados a los clérigos de san Viator

Nos encontramos aquí ante un modelo poco significativo en lo numérico, pero interesante por cuanto el grado de vinculación con los religiosos es muy fuerte. Quizá sea ésta una nota poco presente aún en la praxis de misión compartida que generalmente conocemos.

Esta asociación que en el año 2004 tan sólo contaba con 39 miembros, fue fundada en 1980. Son colaboradores de los clérigos de san Viator en sus centros de enseñanza. Lo significativo es que la pertenencia a la asociación supone incorporación a su realidad comunitaria y espiritual.

Se prevé un proceso largo y exigente para su incorporación, en donde están presentes los siguientes aspectos:

- 1) Estabilidad económica y afectiva
- 2) Un año de experiencia de reflexión, conocimiento y formación.
- 3) Petición formal al superior provincial.
- 4) Integración en la comunidad local con compromiso temporal o permanente.

Dentro de los elementos novedosos presentes en esta familia religiosa está la experiencia de incorporación de inmigrantes y desempleados dentro de la asociación. Esta iniciativa es aún embrionaria.

f) Laicado escolapio y escolapio laico

Nos encontramos ante la familia religiosa fundada por san José de Calasanz, con el objetivo de universalizar la enseñanza gratuita. Los escolapios nos ofrecen quizá la experiencia más estructurada de misión compartida por medio de una interesante institucionalización de la pertenencia del laicado a la familia escolapia. Esta larga experiencia ha sido plasmada en el Capítulo General de 1997 donde se afirma que “el caminar conjunto de laicos y religiosos es una opción institucional irreversible”³¹. Es así como nació la Fraternidad de las Escuelas Pías con la forma jurídica de asociación de fieles. El año 2001 contempla la aparición del *Estatuto del Escolapio Laico* para la Provincia de Vasconia, enmarcado en la aprobación del *Directorio del Laicado* por la Congregación General celebrada en diciembre de ese mismo año³². En este importante documento, donde se fijan los retos presentes en los inicios del siglo XXI, se establecen los diferentes modos de vinculación con la orden, clarificados desde la perspectiva evangelizadora. Así, el estatuto distingue entre:

- 1) Cooperación: laicos con participación en los diversos proyectos escolapios: centros educativos, parroquias, iniciativas sociales.
- 2) Misión compartida: implicados personal y corresponsablemente en la misión de las Escuelas Pías, compartida desde una vivencia de fe.
- 3) Integración en el carisma: comparten el carisma de san José de Calasanz y los Escolapios; la forma de leer el evangelio y de vivirlo.

³¹ 44ª Congregación General de los PP. Escolapios (1997), “El laicado en las Escuelas Pías”. Este es el verdadero punto de arranque de la misión común vivida en familia que desarrollarán las distintas provincias de la congregación. Así se expresaba entonces este importante Capítulo: “El documento que presentamos tiene su origen en la progresiva reflexión y valoración de la Iglesia hacia el Laicado y en la vida y en la experiencia actual de las Escuelas Pías. Nace del convencimiento de que el Espíritu de Jesús y el carisma propio del fundador, José de Calasanz, han de ser vividos en cada época de modos diversos, y de que, en la actual, el Señor va llamando a muchos laicos a participar en el carisma, la espiritualidad y la misión de la Orden”.

³² 45ª Congregación General de los PP. Escolapios (2001): “Estatuto del Escolapio Laico en las Escuelas Pías” en <http://www.scolopi.org/esp/biblioteca/doc/laicadoescolapioSPA.doc>

- 4) Integración carismática y jurídica: comprometen su vida como laicos con la Orden, temporal o definitivamente, con un vínculo jurídico. A estas personas se les llama escolapios laicos.

Esta última modalidad ha sido una novedad introducida por el Estatuto en el 2001³³ y puede ser un buen punto de referencia para estudiar la concreción práctica de la vinculación entre religiosos y laicos en la espiritualidad, vida y misión, afrontando y previendo las situaciones, dificultades y retos que pueden darse con una regulación que toca aspectos muy diversos.

Para vincularse jurídicamente es preciso un proceso previo con los PP. Escolapios; debe solicitarse a la Orden participar del carisma, manteniendo la condición laical. Este ha sido el fruto del derecho de asociación y agregación a la Orden de miembros de comunidades laicas escolapias de la Provincia de Vasconia. El fruto de esta vinculación queda reflejado en los Estatutos:

“El laico comparte misión, espiritualidad y carisma con la vocación religiosa, propia de la Orden de las Escuelas Pías, sin perder ninguna de las dos vocaciones, la religiosa y la laical, su propia identidad, enriqueciéndose y complementándose mutuamente”³⁴.

De la espiritualidad del escolapio laico se derivan unas exigencias en su estilo de vida:

- 1) En consonancia con el evangelio plasmado en un Proyecto Vocacional de Vida.
- 2) Vive los consejos evangélicos según su estado de vida.
- 3) Elabora un presupuesto anual contrastado en su comunidad de pertenencia y aprobado por la Congregación Provincial, teniendo en cuenta las necesidades familiares y su modo de compartir con la Orden.
- 4) Vivienda y bienes anteriores a su vinculación podrán seguir siendo propios.

Este modo de vivir, configura y modela la misión. Así, el laico escolapio participa de la misión y apostolado de la obra escolapia de educación integral de niños y jóvenes; puede participar en obras de titularidad escolapia como profesional o como voluntario. Y sobre todo, y aquí aparece un elemento novedoso y destacable en el panorama de la misión compartida que estamos contemplando, se pide de ellos disponibilidad a la dirección escolapia sobre la base del diálogo y el estado de vida.

La vinculación jurídica supone también la integración en una comunidad de la Provincia que el Provincial designe, sin romper la vinculación con la comunidad con la comunidad laical de origen. Esa comunidad puede ser de varios tipos:

- 1) Solo de escolapios laicos
- 2) De experiencia y misión, formada por religiosos y laicos
- 3) De vida y techo, formada por religiosos y laicos varones

³³ o.c. art. 58-62.

³⁴ o.c. art. 4.

Podemos seguir comprobando la practicidad del estatuto que ha querido prever, probablemente situaciones que han debido ser ya afrontadas por la experiencia en casos concretos. Así, se establece que para los casados, la pareja tiene que asumir y participar activamente de la llamada. Del mismo modo se debe garantizar la autonomía de la vida familiar y la integración en la Orden. Esta es una circunstancia difícil con la que antes o después debe enfrentarse un compromiso sólido con un carisma y con su correspondiente misión compartida. Finalmente, para mostrar el grado de implicación que supone la vinculación jurídica prevista en el estatuto, el domicilio de laico escolapio aparecerá en el directorio de las casas de la Orden.

Es indudable que un paso tan serio como el que afronta la familia escolapía en el año 2001, precisa de un proceso de formación y maduración para una vinculación definitiva que desemboca en una promesa pública en el marco de la Eucaristía. Este itinerario formativo está también recogido en el Estatuto³⁵.

Uno de los capítulos que deben afrontarse y como forman parte de los retos de la misión compartida en el momento actual es el de la participación en los procesos de decisión y responsabilidad. Los laicos escolapios con vinculación definitiva tienen voz, voto y plenos derechos y deberes en todas las decisiones que tengan que ver con la misión y vida escolapía siempre que no vaya contra las constituciones, las reglas o la regulación canónica. Así, está previsto que representantes de los escolapios laicos, elegidos por religiosos y laicos, formen parte del Capítulo Provincial con voz pero sin voto y sin que su número exceda del 10%. Fórmulas como esta o similares serán necesarias para ir haciendo real y operativa la participación de los laicos en corresponsabilidad, en los procesos de discernimiento y de decisión de los religiosos que en muchos casos, afecta al ministerio y tarea concreta de los laicos que comparten cada día con mayor intensidad un mismo carisma.

g) Comunidades Laicas Marianistas³⁶

Dentro de ese amplio catálogo de posibilidades a que da lugar la misión compartida, presentamos en clase aquella que vivimos más que teorizamos, los y las marianistas. Para nosotros la misión compartida se entiende fundamentalmente desde la perspectiva de la familia religiosa. En el año 2000, cuando Juan Pablo II beatificó a nuestro fundador, Guillermo José Chaminade, no se dirigió a una congregación sino a la Familia Marianista, como aquella llamada a ofrecer a la Iglesia y al mundo nuestro carisma³⁷. También la entendemos en un sentido más amplio y explícita como el trabajo que desarrollamos con los colaboradores.

³⁵ o.c. Capítulo segundo: Modalidades: naturaleza, objetivos e itinerarios.

³⁶ Para una información detallada del proceso histórico de desarrollo de las comunidades laicas marianistas, cfr. Enrique AGUILERA, "Breve historia en fechas de las Comunidades Laicas Marianistas" en *Mundo Marianista* 1(2006) 90-94, <http://mundomarianista.marianistas.org/wp-content/uploads/articulos/vol4-fas1-Monografico-E-Aguilera-SM-es.pdf>

³⁷ Cfr. Homilía de la misa de beatificación de Guillermo José Chaminade: "5. La beatificación, durante el Año jubilar, de Guillermo José Chaminade, fundador de los marianistas, recuerda a los fieles que deben inventar sin cesar modos nuevos de ser testigos de la fe, sobre todo para llegar a quienes se hallan alejados de la Iglesia y carecen de los medios habituales para conocer a Cristo. Guillermo José Chaminade invita a cada cristiano a arraigarse en su bautismo, que lo conforma al Señor Jesús y le comunica el Espíritu Santo.

El amor del padre Chaminade a Cristo, que se inscribe en la espiritualidad de la escuela francesa, lo

Hemos de tener en cuenta que para nosotros es imposible pensar en la misión compartida como algo que los religiosos ofrecen a los laicos para colaborar con ellos en el desarrollo de su misión y en la gestión de sus obras con una determinada espiritualidad. Los marianistas nacimos en el año 1800 como congregación de laicos en Burdeos, en los años posteriores a la revolución. Fue en el seno de esta asociación de jóvenes y adultos, hombres y mujeres de toda condición, donde nació, en 1816 la congregación religiosa femenina, las Hijas de María y, en 1817, la congregación masculina, la Compañía de María. Todos ellos eran congregantes y nacieron para ser “el hombre que no muere”; para dar continuidad a la obra del fundador, al servicio de los laicos, dando vida desde dentro a las comunidades de seglares. Esto nos marca profundamente desde el origen, hasta el punto de que Chaminade entiende que se trata de un solo instituto, con una única misión: encender por todas partes la antorcha de la fe, a través del contagio de comunidades, que muestren la fe vivida como los primeros cristianos, dentro de una universalidad de medios: “haced lo que Él os diga”.

La consolidación de las congregaciones religiosas fundadas por Chaminade desemboca en una disminución y casi ausencia del protagonismo de los laicos en el proyecto misionero original. Será el despertar del movimiento laical en los años 50 y la vuelta a las fuentes carismáticas a la que impulsó el Vaticano II a los religiosos, lo que nos hará descubrir el centro de nuestra espiritualidad y volver al proyecto original.

La misión compartida en nuestros documentos

Comienza a hacerse presente a partir del Capítulo General de San Antonio en 1971, pero donde aparece ya con fuerza, es en el celebrado en Dayton en 1991: *Misión y Cultura*. A partir de aquí, ya no es posible concebir la vida religiosa marianista más que desde el seno de la Familia donde se comparte misión y espiritualidad: laicos, religiosas y religiosos.

Un hito importante: en 1993 se reúnen por primera vez los responsables de las comunidades laicas marianistas del mundo entero en Chile³⁸, y se comienza un proceso doble:

- Reconocimiento de la Santa Sede como asociación de fieles, cosa que ocurrirá en el año 2000.

impulsó a proseguir incansablemente su obra mediante la fundación de familias espirituales, en un período agitado de la historia religiosa de Francia. Su devoción filial a María le ayudó a mantener la paz interior en todas las circunstancias y a cumplir la voluntad de Cristo. Su solicitud por la educación humana, moral y religiosa es una invitación a toda la Iglesia a prestar una atención renovada a la juventud, que necesita a la vez educadores y testigos para volverse al Señor y participar en la misión de la Iglesia.” en <http://foros.marianistas.org/showthread.php?t=565>

³⁸ I ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LAS COMUNIDADES LAICAS MARIANISTAS: “Identidad de las Comunidades Laicas Marianistas”, Santiago de Chile 1993. Cuando se establecen las bases de organización se afirma: “Formamos parte de la Familia Marianista, en la que compartimos un carisma desde nuestra identidad laical. Cada rama de la Familia Marianista se enriquece con la mutua colaboración para un mejor servicio a la misión de la Iglesia. Las comunidades laicas marianistas, en todos sus niveles de organización y a través de cada miembro, buscan participar de la misión, las actividades y las decisiones de la Iglesia” (Documento de Identidad 4.3 y 4.4).

- Puesta en marcha del Consejo Mundial de la Familia Marianista del que forman parte los responsables de las cuatro ramas:
 - 1) Comunidades Laicas (CLM).
 - 2) Alianza Marial (Instituto secular).
 - 3) Religiosas Marianistas (FMI).
 - 4) Religiosos Marianistas (SM).

El documento sobre la misión, elaborado en el II Encuentro Internacional de las Comunidades Laicas Marianistas celebrado en Liria (Valencia), recoge el espíritu de esta nueva instancia de comunión e impulso de la misión puesta en marcha:

“Las Comunidades Laicas Marianistas trabajan con las demás ramas de la Familia Marianista para cumplir su misión. Nuestro espíritu de familia y de colaboración entre laicos y religiosos, inspirados ambos en María, es nuestra particular contribución a la Iglesia y al mundo. Apoyamos el trabajo del Consejo Mundial de la Familia Marianista, especialmente sus esfuerzos por unir a todos los marianistas en una vocación común”³⁹.

Progresivamente, en los distintos países donde estamos presentes se irán constituyendo consejos nacionales de la Familia Marianista para coordinar iniciativas, recursos y misión. En España, depende directamente del consejo, una plataforma que agrupa a todas las iniciativas de cooperación y solidaridad y que está en camino de ser ONG y el portal de Internet de la Familia Marianista de España: AGORA MARIANISTA, donde colaboran 30 personas de las distintas ramas.

Posteriormente, el Encuentro Internacional del 2001 celebrado en Filadelfia (USA), reflexionando sobre la comunidad ha reflejado y sintetizado el tipo de relaciones existentes dentro de esta familia religiosa orientada hacia la misión:

“CLM son comunidades que forman parte de una comunidad más amplia, la Familia Marianista, que incluye cuatro ramas: la Alianza Marial, las Hijas de María Inmaculada, la Compañía de María y las Comunidades Laicas Marianistas. Las CLM participan en la creación de los Consejos de la Familia Marianista y son miembros de pleno derecho de los mismos en los diferentes niveles, local, nacional, regional y mundial. Nuestras relaciones con las otras ramas de la Familia Marianista se basan en la fraternidad, la igualdad, el respeto a la autonomía y la diversidad, y en la responsabilidad compartida. De este modo somos testigos de la visión profética que de la Iglesia tuvieron nuestros fundadores”⁴⁰.

Quizá este documento expresa en su literalidad un rasgo característico de la Familia Marianista, de la participación de los laicos en ella y de la manera de entender la misión compartida. Por nuestra historia y por el desarrollo postconciliar que hemos ido viviendo, las comunidades de laicos, tienen verdadera autonomía. Los religiosos y religiosas son en ellas acompañantes, animadores, no autoridad ni dirección. La misión compartida tan solo es posible si vamos dando pasos en el desarrollo de la misma, de

³⁹ II ENCUESTRO INTERNACIONAL DE LAS COMUNIDADES LAICAS MARIANISTAS, “La misión en las Comunidades Laicas Marianistas, Liria 1997, 6.3 y 6.4.

⁴⁰ III ENCUESTRO INTERNACIONAL DE LAS COMUNIDADES LAICAS MARIANISTAS, “Ser en comunidad”, Filadelfia (USA) 2001, 5.1 y 5.5.

nuestro ser y carisma, desde nuestro modo de percibirnos como familia en complementariedad de formas de vida. En esto, al menos nuestros textos, reflejan ese deseo de vivir las mutuas relaciones entre las ramas de la familia desde la horizontalidad. Esta quiere ser una de nuestras pequeñas aportaciones carismáticas a la Iglesia y al mundo. De ello queremos ser un pequeño signo.

También los Capítulos Generales de los religiosos han continuado haciéndose eco de este proceso vivido en común. Una de las mejores expresiones es la recogida por el celebrado en el año 2003, en el que se afirma:

“Estamos redescubriendo la visión fundacional del Padre Chaminade, que ve y sitúa a la Compañía de María como una comunidad en una familia de comunidades en misión. En la medida en que profundicemos en la realidad de la Familia Marianista, los miembros de la Compañía de María comprenderemos mejor nuestra identidad de religiosos marianistas. Necesitamos continuar la reflexión y el estudio para clarificar el modo actual de vivir el carisma marianista como religiosos en el interior de esta Familia. Hoy se necesita una forma nueva de ver las cosas, para darnos cuenta de la complementariedad de la vida religiosa marianista con la de las comunidades laicas marianistas. Esta nueva visión sólo pueda ser fruto del diálogo con los grupos de la Familia”⁴¹.

Como recuerda el mismo Capítulo, aquí está nuestra más fuerte promesa de esperanza ante nuestro futuro⁴².

La misión compartida en nuestras obras

Fundamentalmente, hablamos de misión compartida para referirnos a la participación de laicos marianista en las obras de los religiosos y religiosas, aunque progresivamente se está produciendo un traspaso de responsabilidades y desprendimiento de las mismas obras al máximo nivel, que nos lleva a situarnos de otra manera, en la misión y el trabajo, de un modo mucho más horizontal y con un mayor protagonismo en la dirección, animación pastoral y gestión de las obras⁴³. Por lo que se refiere a España, esto ocurre sobre todo en dos grandes áreas:

- 1) Fundación Santa María y Grupo Editorial SM.
- 2) Fundación Educación Marianista Domingo Lázaro .

También comienzan a existir nuevas misiones cuya responsabilidad e iniciativa están en manos de los laicos. Así ha ocurrido con la misión marianista en Guatemala que depende de la Asociación Las Conchas-Verapaz y en donde los religiosos nos hemos sumado y colaboramos en la tarea de promoción, educación y desarrollo humano

⁴¹ COMPAÑÍA DE MARIA (MARIANISTAS), XXXI Capítulo General, “Caminos de Esperanza”, Roma 1996, 56.

⁴² o.c. núm. 57.

⁴³ También el Capítulo General de 1996, ya citado, recomendaba a la Administración General animar a toda la Compañía de María a un proceso de reflexión y discernimiento sobre la corresponsabilidad en nuestras obras con seglares bien formados en el carisma marianista y a hacer una llamada a las comunidades para tener una participación más activa con los otros grupos de la Familia Marianista y con todos los colaboradores seglares, para llevar a cabo la misión apostólica de María.

y pastoral que llevan adelante los laicos marianistas. Aquí encontramos una concreción de lo que solicitaba el Capítulo General del 2001 al constatar el deseo de seguir avanzando en compromiso de vida y relaciones de mutua colaboración con el conjunto de la Familia Marianista. Para llevar adelante el proyecto misionero se proponía, entre otras cosas, clarificar las exigencias concretas que, en relación con la identidad, la vida, la misión y las estructuras de gobierno, trae para la Compañía de María la creciente vinculación con las otras ramas de la Familia Marianista; fortalecer los consejos de familia como instrumentos válidos para la animación, elaborar programas de formación conjuntos, y sobre todo, en lo que aquí nos interesa, “fomentar formas de participar de la misión y del espíritu de la Compañía de María”, así como “planificar e iniciar experiencias de misiones compartidas con las otras ramas de la Familia Marianista según las posibilidades locales”⁴⁴.

Esta referencia resulta muy clarificadora: el Capítulo entiende que existen muchos modos de colaboración en la misión entre laicos y religiosos que pertenecen de distintos modos a la Familia Marianista. Pero en sentido propio, la misión compartida nace un proyecto iniciado conjuntamente, algo nuevo, en donde la horizontalidad y corresponsabilidad queda suficientemente garantizada. Desde aquí hay que ir dando pasos en el futuro desde lo que tenemos hasta lo que deseamos. Una vez más se nos está pidiendo creatividad misionera, nacida de la vocación común, de la experiencia de comunión, y de la lectura común de la realidad a la que somos enviados en misión.

Dificultades y retos en la misión compartida

- Aunque los laicos marianista son autónomos en su organización y decisiones, son más jóvenes en historia reciente que los religiosos, carecen de instituciones y esto les hace apoyarse todavía demasiado en los religiosos.
- Los Consejos de Familia todavía tienen que tomar fuerza en operatividad misionera.
- Necesitamos dar más pasos hacia comunidades mixtas en donde se comparta, no sólo misión y espiritualidad, sino también la vida.

4. UN MODO NUEVO DE SER Y ESTAR EN LA IGLESIA, GENERADOR DE COMUNIÓN: LO QUE PUEDE DAR DE SÍ.

Hemos hecho un amplio recorrido por algunas de las experiencias actuales de misión compartida vividas en las familias religiosas, ubicándolas en el panorama más amplio de las distintas formas de comunión en la misión que hoy vive la Iglesia. En el desarrollo del trabajo he querido subrayar, la profunda fundamentación teológica de este modo de proceder en la misión. Los miembros de la Iglesia, en su modo de estar presentes en el mundo, están llamados a trasparentar, lo que Dios ha revelado de sí, una comunión, y lo que sueña para esta humanidad de la que formamos parte, llegar a ser

⁴⁴ COMPAÑÍA DE MARIA (MARIANISTAS), XXXII Capítulo General, “Enviados por el Espíritu”, Roma 2001, núm. 37.

una única familia. La Iglesia de los hombres y mujeres renacidos por el agua y el Espíritu en el bautismo, están llamados a ser esa semilla de comunión desde la diferencia, desde la pluralidad de formas de ser y de vivir. Esta fue la voz de orden del Concilio Vaticano II, reafirmada por la eclesiología posterior y por la misma vida de la Iglesia, tal y como se recogió en el Sínodo especial de 1985.

La misión es un lugar de encuentro de todos los bautizados, porque la Iglesia toda encuentra su razón de ser en hacer presente en medio de nuestro mundo la buena noticia del evangelio, o lo que es lo mismo, al Cristo total, encarnado y vivo en su comunidad, de la que forma parte como cabeza. Por eso, en un tiempo de indiferencia religiosa, en el que cuesta transmitir la fe e invitar a vivir en Jesucristo, es imprescindible subrayar la fuerza, la verdad y credibilidad del mensaje cristiano, mediante el testimonio de la unidad, de la común pasión por Dios y por sus criaturas, más allá de nuestras diferencias y particularismo, que no son obstáculo, para la acción conjunta sino riqueza impagable cuando somos capaces de ser sinfónicos en nuestra presencia apostólica en el mundo.

Nuestra mirada a la experiencia que en los últimos años han vivido las familias religiosas, en donde religiosos y laicos, han encontrado un punto común desde donde vivir la fe, crecer en experiencia de Dios y ser testigos suyos, nos permite afirmar que, en la práctica, son muchos los retos que nos salen al paso en la misión compartida. En ocasiones, estos desafíos nos hacen sentir el vértigo de todo de la vida incipiente, frágil y recién alumbrada. Son cuestiones de gran calado, las que nos hemos ido encontrando en este recorrido. Algunas están siendo ya afrontadas. En otras precisaremos tiempo, reflexión, discernimiento, confianza en Dios y diálogo para seguir avanzando. Recogemos algunos de estos retos que hemos ido viendo en la práctica concreta de las familias religiosas:

- La identidad propia de cada una de las formas de vida en las familias religiosas. La misión común nos ha llevado a una aproximación y en ocasiones intensa vinculación entre los miembros de la familia religiosa. En este trabajo hemos apoyado y defendido su valor e importancia: la necesidad de reencontrarnos en la común vocación bautismal. Pero no podemos esconder la dificultad que supone la disolución de lo propio y específico de la forma de vida de cada cual. Por eso, muchos religiosos y religiosas, se preguntan hoy: ¿Cómo vivir la especificidad de nuestra consagración en el seno de la familia religiosa y en profunda comunión con los laicos? ¿Qué es aquello que no podemos dejar de aportar y que nos hace complementarios? El problema se hace aquí más grave cuando son equipos misioneros de laicos y religiosos los que llevan el peso de una obra apostólica y los que visibilizan el carisma en ejercicio. No son pocos los casos en los que la comunidad religiosa que en otros tiempos animaba la obra se hace invisible, y los religiosos en activo, que desarrollan su misión con los laicos, encuentran en sus equipos, sus verdaderas comunidades de referencia. Esta es una cuestión compleja que precisa reflexión y discernimiento, que es candente, real y actual.
- Los diferentes grados de vinculación con la familia religiosa y el diferente nivel de participación y corresponsabilidad en las decisiones que atañen a la misión. Hemos tenido oportunidad de comprobar como las diferentes familias religiosas están afrontando esta cuestión, ya sea desde los Capítulos Generales de los

religiosos o en nuevas estructuras de comunión entre las distintas ramas de la familia. No se nos escapa que en este punto es necesario seguir dando pasos de la colaboración con los laicos a la corresponsabilidad. Si hoy por hoy, son ellos los que en gran medida están asumiendo la animación y gestión de las obras de misión que todavía dependen de las congregaciones religiosas, hay que caminar hacia la creación de instancias y procedimientos que permitan la real participación corresponsable de los laicos en las decisiones que le afectan. Este punto de la reciprocidad, paridad y horizontalidad en relaciones y decisiones es fundamental para vivir una real y honesta misión compartida.

- El ejercicio del liderazgo y la autoridad. También es este un reto. Dentro de las familias religiosas, la rama laical, carece todavía en muchos casos de un fuerte liderazgo. Cuando se dan pasos de mayor compromiso en la misión de la familia, las decisiones y la autoridad se ofrecen en muchos casos a los religiosos. La comunión en la misión es más rica cuando existe autonomía entre las ramas, con su propia entidad, iniciativas, proyectos. Pasar de la colaboración a la real misión compartida necesita también de este liderazgo sólido entre los laicos que todavía no es dato habitual en nuestros modos de funcionar. La misión precisa de *parresía*, y para ello son necesarios los hombres y mujeres de la comunidad capaces de animar, alentar, orientar, desde la particular forma de vida, en la única misión. Este es otro importante desafío.
- La necesidad de proyectos misioneros nuevos, gestados y animados, paritaria y corresponsablemente por laicos y religiosos. A esta cuestión nos hemos referido en distintos momentos del trabajo. La misión compartida, para ser tal y no estar viciada y comprometida de origen, precisa creatividad: nuevos proyectos que respondan a las necesidades de los hombres y mujeres de hoy, percibidas, respondidas y atendidas por quienes formamos la familia religiosa, desde un plano de igualdad y complementariedad ministerial. De lo contrario, es fácil que llamemos misión compartida, a la misma realidad que antes llamábamos colaboración de los seculares en las obras de los religiosos. Esto no quiere decir que no se pueda compartir misión, en las obras apostólicas que hasta el momento eran de exclusiva titularidad religiosa. Pero hemos de ser conscientes de que en proyectos nuevos nacidos desde el seno de la familia será más fácil, vivir una más real misión compartida.
- La relación de pareja y matrimonio y participación en la misión compartida de la familia religiosa. Es un hecho que no es nada fácil compaginar vida y opción de fe en una comunidad cristiana, con relación de pareja o matrimonial cuando uno de los cónyuges es ajeno a ella. Esta cuestión es todavía más compleja cuando se trata de laicos que deciden vivir una determinada espiritualidad en el seno de una familia religiosa, vinculándose a ella y asumiendo responsabilidades crecientes en la misión común que en ocasiones pueden suponer, incluso, la temporal comunidad de vida. En este punto, las familias religiosas han comenzado a prever estas situaciones. Este punto precisa ser reflexionado, acompañar a quienes viven esta situación, establecer distintos grados de vinculación y participación que permitan compatibilizar el compromiso laical con la vida de pareja.

- Finalmente, por mencionar un reto más a afrontar, es también importante dilucidar cómo entender una vida en común de laicos y religiosos cuando, la misión lo hace necesario, sin que se imponga el estilo propio de una forma de vida sobre el otro. Así por ejemplo, en ocasiones, las familias religiosas ponen en marcha comunidades mixtas para el servicio de un determinado proyecto misionero. No se trata de que los laicos vivan como religiosos, ni que los religiosos vivan como laicos. Evidentemente, aquí la realidad de la misión, está pidiendo relativizar algunos aspectos que son más secundarios y andar a lo común y esencial. La cuestión aquí estará en preguntarse: ¿vivimos para nosotros mismos, para el estilo de vida que se ha ido fraguando histórica y culturalmente o para el servicio del evangelio y el testimonio de lo absoluto de Dios en las condiciones del tiempo y momento presente? Todo camino de comunión exige la humildad de la renuncia.

A pesar de todos estos retos y desafíos, y muchos más que podrían describirse, la misión compartida es una fuente de esperanza en medio de este cierto invierno eclesial que en ocasiones nos toca el rostro y hasta el corazón. La misión compartida es una parábola, un signo de comunión, un aprendizaje de humildad, un reconocimiento de la propia debilidad y de la necesidad de los otros, una renuncia a un poco de lo propia para encontrarse en lo más común: la consagración bautismal y el seguimiento de Cristo, y como no, el servicio a toda criatura que viene a este mundo: vivir apasionados para que resplandezca el rostro amoroso de Dios; vivir para que sus criaturas, las más rotas, débiles e injustamente tratadas, tengan vida y la tengan en abundancia. Esta es la misión compartida, este es el carisma de la Iglesia, y esta es la Iglesia, que a través de esta ventana, la misión compartida, podemos hacer visible en medio de nuestro mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARREGUI MINCHERO, Blanca – MARTÍNEZ GÓMEZ, Alejandro, “La vinculación jurídica de Laicos con la Compañía de Jesús. Nuestro testimonio”: *Manresa* 77/1, nº 302 (2005) 61-68
- AA.VV., “Asociacionismo religioso laico vinculado a Congregaciones Religiosas”: *CONFER* 41, nº 158 (2002)
- AA.VV., “Colaboración jesuitas-laicos en la misión: Formas, ámbitos y propuestas”: *Manresa* 77/1, nº 302 (2005)
- AA.VV., “Los laicos y los monasterios: nuevas colaboraciones”: *Alianza InterMonasterios* nn. 86-87
- AA.VV., “¿Un nuevo sujeto apostólico? Mociones y búsquedas...”: *Diakonia* 29, nº 114 (2005)
- EGAÑA, Francisco Javier, “Colaboración entre religiosos y laicos”: *Estudios eclesiásticos* 77, nº303 (2002) 513-532
- FERNÁNDEZ, Bonifacio – TORRES, Fernando (eds.), *La misión compartida*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2002.
- GARCÍA DE ANDOAIN, Carlos, *Laicos cristianos, Iglesia en el mundo*, HOAC, Madrid 2004
- MARTIN VELASCO, Juan, “Religiosos y laicos: identidad en relación”: *CONFER* 42, nº 161 (2003) 51-73
- URIBARRI, Gabino, “Religiosos y laicos en una Iglesia comunión”: *CONFER* 41, nº 157 (2002) 113-151
- VERDOY, S.J., Alfredo, “La experiencia de “vinculación jurídica” con la Compañía de Jesús. Balance y perspectivas de futuro”: *Manresa* 77/1, nº 302 (2005) 75-89